

“Qué compromiso hoy, para qué sociedad mañana”*

José Saramago
Escritor y periodista

Siempre nos preguntan los periodistas a los escritores –y hay aquí algunos colegas que ratificarán lo que digo– si la Literatura puede cambiar el mundo. A esa pregunta, cien veces repetida, respondo con paciencia, aunque a veces pueda parecer que me falta, que la Literatura no puede cambiar el mundo. Si la Literatura tuviera ese poder, el mundo sería otro. En muchas ocasiones me he sorprendido pensando en la pregunta, en la insistencia con que se repite, y llego a la conclusión de que, más o menos inconscientemente, estamos esperando al Mesías, de ahí que en los cuestionarios de los periodistas se haya instalado la idea de que un Mesías posible es el escritor. Así que nos encontramos, los que nos dedicamos a este oficio de narrar, con dos obligaciones fundamentales, la de escribir, y escribir bien, y la no menos importante de salvar a la humanidad, supongo que aportando ideas. Es verdad que el periodista que pregunta por la función de la Literatura no espera un catálogo milagroso como respuesta, pero insiste porque sabe que las cosas no van bien y quizá porque antes le había preguntado al político y al financiero y de ellos no oyó respuestas válidas para la transformación del mundo, para el tránsito de una situación de manifiesta injusticia a otra donde quepamos todos los ciudadanos. Y aquí es donde yo quería llegar, al papel del ciudadano, porque, si como escritor no tengo nada que decir, porque todo está en los libros que

escribo, como ciudadano sí tengo una propuesta. Así las cosas, enmarco mi presencia en este coloquio, no como el escritor que soy, sino como el ciudadano que digo ser.

Hemos escuchado a Oskar Lafontaine con su experiencia política, con su experiencia personal, con sus vivencias, con su inteligencia, con su conocimiento de los hechos, y el tema está planteado y dispuesto, de manera que no tendría nada más que añadir, salvo un amén. Pero los que me conocen saben que no va a ser así, que siempre hablo un poco más.

Vivimos en un tiempo y en una sociedad que exhibe una característica dominante, que es la apatía. Es decir, estamos instalados en la sociedad apática, la sociedad egoísta, la sociedad indiferente, la sociedad preocupada por su propia vida, por su propia capacidad de sobrevivir de espaldas a lo negativo que ocurre alrededor. Es una sociedad que no se compromete. Curiosamente, parece que no queremos darnos cuenta de que una sociedad que no se compromete no puede generar escritores comprometidos, eso sería casi absurdo. O sea, un manzano dando peras, cuando es manzanas lo que tiene que dar un manzano. A los escritores se nos pide que nos comprometamos, sin embargo el compromiso es libre y cada uno llega a donde llega y escribe lo que escribe. Lo que importa es saber hasta

* Intervención de José Saramago en el Ciclo Literatura y Compromiso Social en la Escuela Julián Besteiro.

qué punto los ciudadanos, seamos o no escritores, estamos real y efectivamente empeñados, interesados en la vida de la sociedad a la que pertenecemos, del país, del pueblo del que formamos parte. Y lo que está pasando –al menos ésa es mi opinión– es que todos hablamos mucho de democracia, empleamos nuestro tiempo y nuestra paciencia hablando de democracia, pero no queremos ver que eso que llamamos democracia no pasa de ser una fachada, más o menos hermosa, pero una fachada. Es como los huevos de Pascua, decorados con muchas pinturas por fuera y vacíos por dentro.

¿Qué se nos pide a los ciudadanos que vivimos en democracia? Se nos pide que vayamos a votar, y para ello se gastan millones de pesetas o de escudos –mañana será de euros– en campañas electorales, se nos aturde la conciencia con mensajes simples machaconamente repetidos, se cubre el país de norte a sur y de este a oeste con carteles publicitarios y con promesas. Luego llega el día, vamos a votar, votamos y adiós. ¿Cuándo se cumplen las promesas? ¿Cuándo los ciudadanos exigen responsabilidades por las propuestas enunciadas en las campañas y nunca realizadas? ¿Qué capacidad tienen los ciudadanos para percibir la distancia entre lo prometido y lo efectuado? Porque en el mundo occidental, vamos a referirnos solo a éste, vivimos una situación preocupante, muy preocupante: según las estadísticas, el analfabetismo funcional afecta en algunos países hasta al 50% de la población. Portugal, por ejemplo, de diez millones de habitantes, tiene más de 5 millones de analfabetos funcionales. ¿Qué es un analfabeto funcional? Alguien que ha frecuentado la escuela, el instituto e incluso, a veces, la universidad, pero no sabe aplicar en la vida práctica

lo aprendido, ni vuelve a leer un libro ni a escribir, así que poco a poco va perdiendo capacidad de comprensión de lo que oye y lee, siempre que el texto tenga cierto grado de complejidad, y por supuesto no es capaz de poner por escrito, con alguna claridad, un pensamiento. Esto ocurre en todo el mundo, y España seguramente no será una excepción, Francia no lo es, Italia tampoco, vosotros sabréis si aquí ocurre algo parecido. Mi pregunta, y la hago sin olvidar que los cinco millones de portugueses analfabetos funcionales son electores, es decir, eligen, mi pregunta, insisto, es que si tienen dificultad para entender un texto, ¿cómo van a comprender el programa político de un partido?, ¿pueden entenderlo o sencillamente votan lo que ya votaron antes, unas siglas, una imagen, un

Es cierto que necesitamos ideas, que las ideas con las que nos fuimos manejando a lo largo de nuestra vida se agostaron, que algunas entraron en una especie de atrofia.

eslogan?, ¿o se vota de determinada manera porque se pertenece a una clientela política sin poner a trabajar la cabeza?, ¿o porque concedemos que así funcionan las cosas y nos resignamos? El analfabetismo funcional es un problema para la democracia. Es un problema gravísimo para lo que queda de democracia.

Esta tarde me atrevería a proponer a los partidos de izquierdas –no hablo de los partidos de derechas porque no los conozco, no los he frecuentado nunca– algo tan simple como esto: que reúnan sus programas, sus discursos, sus propuestas y los metan en un cajón, cierren el cajón y tiren la llave. Que se olviden de esos papeles y

levanten como programa y como bandera la Carta de Derechos Humanos. Nada más. Es cierto que necesitamos ideas, que las ideas con las que nos fuimos manejando a lo largo de nuestra vida se agostaron, que algunas entraron en una especie de atrofia de la que podrán ser rescatadas o no, pero, en este momento, si no me equivoco demasiado, y todo parece indicar que no, hay que apuntarse a lo básico, a lo fundamental, a los principios. El siglo XXI será el siglo donde se gane o se pierda la batalla por los Derechos Humanos. Y no creo que esta apuesta sea una traición a los postulados de la izquierda, porque esa Declaración, que la Unión Soviética no firmó por burguesa, encierra propuestas que algunos partidos europeos hoy consideran utópicas o, paradójicamente, caducas, es decir va más allá que algunas siglas que se definen como laboristas o socialistas. La Declaración Universal de los Derechos del Hombre se firmó en diciembre de 1948. Pues bien, en 1998, cuando se celebró el cincuentenario, en todo el mundo se realizaron congresos, coloquios, se publicaron manifiestos, se pronunciaron discursos, se escribieron artículos, ensayos, hubo una celebración solemnisma, se encendieron muchas luces y se festejó por todo lo alto, lo cual no significa que se avanzara mucho en el cumplimiento del articulado. Por supuesto, este año, cuando el 51º aniversario, ni se ha mencionado el asunto. Si queremos oír hablar de nuevo de los Derechos Humanos tendremos que esperar otros cincuenta años, quizá los más jóvenes tengan suerte.

Proponía antes que los partidos de izquierda asumieran como programa básico la Declaración Universal y alguien puede objetar que, de hacerse así, los partidos perderían su identidad. Mal momento para

preocuparse con las identidades, cuando llevan años abandonando postulados. Explicaba Oskar Lafontaine cómo los partidos socialistas o socialdemócratas europeos se han acercado a eso que hemos dado en llamar "centro". A veces, decía él, por motivos tácticos se acerca el centro a la izquierda y la izquierda al centro, pero no nos damos cuenta de que solo uno se acerca a otro: la izquierda se acerca al centro, jamás el centro se acerca a la izquierda. Esto es así, basta observar nuestro entorno, por eso no hay que sorprenderse de que haya izquierda que no lo parece, porque simplemente ha dejado de ser izquierda. Mi propuesta no presupone que todo lo relativo al bienestar y a la felicidad, siempre huidiza, del ser humano, se contenga en la Declaración Universal, pero esa Declaración es fundamental para un mundo humano.

Oskar Lafontaine lo ha dejado muy claro: vivimos un momento y una situación en la que los gobiernos no mandan y eso es mejor asumirlo si queremos conocer nuestra realidad. Voy a referirme a mi país, Portugal, que es el que mejor conozco, y con mucha pena tengo que decir que el gobierno manda menos de lo que cree y, sobre todo, de lo que quiere hacer creer a los ciudadanos. La pregunta, realizada con claridad y rotundidad ejemplares, es de Lafontaine: "¿Quién manda en el mundo?". Y él mismo se ha respondido: "El mercado". Los políticos, los partidos, los gobiernos, se adaptan todos los días a las exigencias del mercado, de modo que es legítimo interrogarse acerca de la función de un ministro, de un presidente, de un rey... Si es el mercado el que manda, si las multinacionales, que no se presentan a las elecciones, dirigen los destinos del mundo, díganme qué democracia es ésta. Si son la Coca-Cola, Mitsubishi, Bill Gates o General

Motors, quienes tienen el poder, quienes quitan y ponen con sus movimientos económicos y financieros, díganme si lo que queda de la democracia no será cosmética política y apariencia, es decir, fachada.

Si no me equivoco demasiado hay una incompatibilidad manifiesta entre Derechos Humanos y globalización económica. No caben los dos en la misma habitación, donde entra el uno, sale la otra. Los dos

No hay que sorprenderse de que haya izquierda que no lo parece, porque simplemente ha dejado de ser izquierda.

juntos no se aguantan, y esto se constata si se presta atención a lo que ocurre en nuestro entorno. A veces utilizo una expresión gráfica para explicar mi pensamiento y mi temor: el gato de la globalización económica acabará devorando al ratón de los Derechos Humanos. Así lo veo, pero también quiero creer que será el cumplimiento de los Derechos Humanos la única barrera que se podrá oponer a la furia avasalladora de la globalización económica. Los Derechos Humanos representan nuestra salvación frente a un mundo que llega a situaciones extremas de control y abyección. Según algunos estudios, Estados Unidos y otros países occidentales registran, fiscalizan, el 95 ó 96% de todas las comunicaciones internacionales vía teléfono, fax o e-mail. Es el Gran Hermano de Orwell, pero mucho más grande de lo que imaginó el pobre Orwell, que creía haberlo contado todo, y era solo el principio. Un ejemplo más: supongamos que la Unión Soviética todavía existe, que es fuerte y próspera y que, en su ambición de conquistar el mundo, estuviera grabando en una enorme computadora el 95% de las comunicaciones internacionales. To-

dos nos levantaríamos contra ese abuso, ese atentado contra la intimidad, y proclamaríamos, con toda la razón, que no se puede tolerar. ¿Por qué a otros les permitimos todo? ¿Dónde están los rebeldes, los inconformistas? Treinta años después, ¿qué ha pasado con aquella juventud y aquella generosidad del 68 en Berkeley o en París? ¿Dónde está, qué hace, qué piensa? A los medios de comunicación, que tan aficionados son a las encuestas, les sugiero que busquen un universo de cien personas conocidas del Mayo del 68, y que nos digan quiénes son hoy, qué es lo que hacen, qué es lo que piensan.

El problema que tenemos ahora no es solo el cambio de milenio o el cambio de siglo, es que estamos viviendo el final de una civilización, porque los que estamos aquí, incluso los más jóvenes, todavía somos hijos, nietos o tataranietos de la Ilustración, del Iluminismo, de la Enciclopedia, todos hemos aprendido de estas ideas directa o indirectamente, pero este universo se está terminando. Paul Valéry decía: "Nosotras, las civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales". Y la civilización, tal como la hemos entendido hasta aquí, está llegando a su fin. Nadie puede pronosticar cómo será el ser humano dentro de cincuenta o cien años. Nadie puede hacer esa proyección de futuro. Tampoco podemos afirmar que somos mejores que la gente venidera, simplemente me parece que ellos serán otros, y a estas personas, que ni somos capaces de imaginar, lo único que, en mi opinión, podremos legarles será el respeto por los Derechos Humanos, y no solo el respeto formal, sino la exigencia de que los países y los hombres los reconozcan y los cumplan. Es verdad que cuando hablamos de Derechos Humanos parece que nos referimos solo a los derechos políticos, y no es así o no debería

serlo. La Declaración contempla una serie de exigencias a cuyo cumplimiento están obligados los estados, porque de lo contrario no podríamos explicarnos para qué sirven los estados. El "estado del bienestar", fórmula tan querida hasta hace unos años, hoy se ha convertido en una utopía inalcanzable, una formulación a desaparecer del mapa de los conceptos. Oskar Lafontaine ha hablado de África y a mi entender ha puesto el dedo en la llaga. Al capitalismo le importa un bledo África, porque de allí, hoy por hoy, no puede sacar nada. Quizá esté esperando a que se acaben los negros, y cuando éstos mueran de sida, hambre, guerra, genocidios de todas clases alimentados por las potencias fabricantes de armas, entonces el capitalismo se instalará en ese continente. El colonialismo es responsable en gran parte del caos y el dolor que es África. Y la amenaza. Si África gozara de un nivel de progreso, tal y como entendía la izquierda el progreso a principios de siglo –desarrollo armónico y respetuoso del hombre y su entorno–, nadie querría abandonar ese continente. He estado en África, muchos de vosotros también, y puedo decir que es un desastre, un continente al borde del desastre de norte a sur. Las pateras son solo un símbolo, triste y doloroso, de algo mayor que se avecina, y ante eso nosotros no hacemos nada o hacemos leyes de extranjería, intentando poner puertas al campo.

¿Qué compromiso debemos tener con la sociedad? Dejemos la Literatura tranquila, en su lugar. El compromiso no es de escritores, ni de médicos, ni de ingenieros, es, sencillamente, de ciudadanos, y ciudadanos somos todos, incluidos los políticos. Quizá los políticos tengan que dejar de pensar como políticos y empezar a pensar como ciudadanos de a pie. Y desde el principio: localizando el poder y actuando de acuerdo con lo que sabemos. El poder;

como creo haber expuesto, no está en manos gobierno, del señor Guterres, Primer Ministro de Portugal, por poner un ejemplo. Sabemos que el verdadero poder no es democrático y que entre sus objetivos no está la felicidad (esa cosa huidiza a la que antes hice referencia) ni el bienestar de la gente, por más coches, hipermercados y facilidades de compra que el mercado invente en su beneficio. Sabemos también que los estados olvidan su papel y se comportan como si solo fueran recaudadores de impuestos que luego emplean según cuentas misteriosas, o al menos complicadas. Sabemos que no se cumplen los Derechos Humanos, que no los cumple nadie, aunque se haya suscrito la Declaración, aunque se respeten ciertas normas, que representan al sistema: por ejemplo, la policía no entra en mi casa desde hace 25 años. Se acabó el fascismo en Portugal, pero las libertades están condicionadas, quizá no la libertad política, pero sí la libertad de vivir, comer, tener un techo, derechos negados a tantos compatriotas. No seamos frívolos: nos movemos dentro de un sistema que consagra las desigualdades y condena, por ello, a la miseria a millones de seres humanos, un sistema que no cree en la Declaración que inventó y pregonó por todo el mundo utilizando los medios de comunicación que sostienen ese mismo sistema. Por eso creo que la batalla de los Derechos Humanos la tendrá que dar la izquierda, una izquierda nueva y renovada, que habrá guardado sus propuestas para enarbolar la bandera de la Declaración Universal. Y a partir de ahí comenzaremos otra vez, en todos los niveles de la sociedad, empezando por la calle, a dejar oír nuestra voz, que parece que hemos perdido la facultad de indignación. Si el Real Madrid gana al Valencia en París, se reunirán en la Cibeles un millón de madrileños. Imaginense lo que hubiera sucedido en Portugal si hubiéramos venci-

do a Francia ayer: todos los problemas se olvidarían en aras de la concordia nacional, finalmente obtenida por el hecho de que once chicos ganaran un campeonato de fútbol. Y de acuerdo que todo eso lo necesitamos: alegría, distracción, diversiones... Pero la vida es una cosa tan seria, y las vidas que tenemos son tan cortas, tan breves, que si no hacemos nada por ellas, no hacemos nada por nosotros ni por los demás, por los chicos que no saben quiénes son, que no saben en qué creer, a esos a los que tenemos que pasarles el testigo. Sin embargo, a ellos les podemos decir: "Mirad, tenéis aquí este papel que fue redactado hace cincuenta años, y que, al contrario de lo que ocurre con mucho de lo que se escribe, el tiempo no le ha quitado importancia, ni le ha restado vigencia, es actual. Este papel es la Declaración de los Derechos Humanos, y nos ha sobrevivido". ■

“Ángel González, un recordatorio”*

Javier Riyo, Periodista y Escritor
 José Manuel Caballero Bonald, Escritor y Poeta
 Cándido Méndez, Secretario General de UGT

Javier Riyo:

Buenas noches, es un placer estar aquí, y es un placer que lleve este nombre esta escuela, que yo conocía cuando venía por este barrio. No me acordaba bien qué había sido, pero no me sonaba bien. Y hoy lo he preguntado, y que bien que cambien algunas cosas en este país. Y los magnolios los he visto porque me los ha enseñado Cándido. Estoy muy contento de estar aquí y es un placer estar con Pepe Caballero Bonald y cerca de Ángel González, porque es como si estuviera con nosotros. No está ya muchas noches, pero todavía le sentimos muy cerca y le tenemos muy presente. Ahora cuando nos estábamos haciendo una foto, le han dicho a Cándido que se pusiera al lado de Pepe Caballero Bonald, y dijo que sí, que con Pepe hasta la muerte. Y me he acordado de lo que decía Bergamín, que también con Caballero Bonald hasta la muerte pero ni un paso más. Y bueno, me alegro que esté tan vivo, que sea, no sé si el último o el penúltimo representante porque ahora en este Café Gijón donde estaban Ángel González y él, ayer estaba un poeta que degeneró en político, Alberto Gilar, que casi se quiere adscribir a esa generación, o por lo menos lo vio de muy cerca, y algún libro de poemas tiene.

Yo que tengo un poco de caos, normalmente, hoy no sabía si era una charla con Pepe Caballero Bonald sobre

Ángel González o era otra cosa. Y me ha dicho Pepe que tengo que decir algo de él y él va a decir algo de su amigo de tantos años, de tantas décadas. Que siguieron siendo amigos y es muy difícil y raro, porque mantener un matrimonio es difícil, pero mantener una amistad es casi más difícil todavía. Y uno les ha visto desde hace ya muchos años juntos, tantas veces, mantener cada uno su voluntad de estilo y sus ideas, que en tantas cosas eran parecidas. No solo a ellos dos, sino a todo ese grupo poético tan fundamental les ha unido muchas cosas. Les unió un placer por la vida, una manera de aguantar las noches. Les unió la poesía, les unieron algunos poetas. Aunque Caballero Bonald, singular también en eso, no fue poeta solo, no es poeta solo, tan vivo y tan coleante que está, sino que felizmente ha sido un novelista que desde hace muchos años nos entregó algunas de las novelas que desde jovencitos leímos con mucho placer. Y la poesía de ese grupo que os decía que habían tenido tantos parecidos, una de las cosas que les unió fue su antifranquismo, lo cual es un motivo más de celebración. Hubo fisuras en otras cosas pero en eso había unanimidades.

Creo que se conocieron, no voy a decir cuándo, porque Pepe va a hablar de su historia, por aquí cerquita, al menos tengo esa memoria de haber leído que fue en un barrio cercano a este, creo que en el barrio de La Concepción en el año cincuenta y pocos, cuando Pepe había publicado su primer libro, y quizá cuando Ángel estaba

* Acto celebrado en el Ciclo Poetas Vivos de la Escuela Julián Besteiro el 24 de noviembre de 2009.

publicando su primer libro "Áspero mundo". El primer libro de Pepe Caballero creo que es del año 52, es "Las adivinaciones". Y el último es de hace un rato, de hace poco. He traído aquí el penúltimo porque hoy me han traicionado mis paredes y no he encontrado el último que se llama "La noche no tiene paredes", y parecía que en el anterior ya había dicho adiós. Felizmente no ha dicho adiós, y eso que Caballero Bonald parece que se está despidiendo desde hace ya mucho tiempo. Hizo memoria de su vida cuando era bastante joven, parecía que ya tenía que hacer una especie de mirada de lo que había hecho y una mirada lúcida para contarlo, que es lo que nos ha ido entregando. Nos ha ido entregando, con sus libros poéticos y narrativos, y con los que son específicamente biográficos, que tienen mucho que ver con esa generación que fueron niños de la guerra, niños perdedores de la guerra, es algo que también unía a esa generación. Incluso los que no fueron tan perdedores se adscribieron a ser perdedores. Quiero decir, Jaime Gil de Biedma o

Carlos Barral, que no tenían una familia de perdedores de la guerra, fueron voluntariamente perdedores. Era una hermosa manera de ser solidario y de ese grupo.

Pero a Pepe Caballero Bonald le diferencian algunas cosas, bueno, muchas, todos nos diferenciamos. Decía su amigo Ángel González que él podía haber sido un príncipe del renacimiento. No fue eso, pero fue, es, el nieto o biznieto de un pensador francés, de un conde francés, el vizconde Bonald, un pensador conservador muy interesante, que se mezcla con sangre cubana, la familia de su padre, y que vienen al territorio de Argónida, al amparo de los vinos de Jerez. Y en ese mundo jerezano, lleno de señoritos, mundo que parece casi mítico, con un espacio maravilloso, que él luego recrea en sus años pasados al lado

de ese mar que se abre. Ahí crece Pepe Caballero Bonald.

Y de ahí nace una poesía importantísima para los que vinimos un poco después y leemos a los poetas de la generación del 50. Los poetas de la generación del 50 tienen esa capacidad de hacernos ver críticamente el áspero mundo que decía Ángel González, hacernos ver un mundo que no era amable, aunque había una voluntad y una resistencia, que les caracteriza, de engancharse a la felicidad como fuera, de no dejar perder las noches ni los días. Y eso es una voluntad de vida y también conforma una voluntad de estilo.

Tienen que hacer muchos trabajos, no se puede vivir solo de la poesía ni de la escritura en España. Hay que hacer cosas distintas.

Javier Rioyo

Tienen que hacer muchos trabajos, no se puede vivir solo de la poesía ni de la escritura en España. Aunque algunos sí consiguen vivir solo de la escritura, como Caballero Bonald, o casi de la escritura. Hay que hacer cosas distintas. Y a él le toca hacer viajes al otro lado del mundo, vivir en Colombia. Es un navegante que solo ha conocido dos naufragios, el tercer naufragio le espera para saber un poco más de la vida, y espero que llegue muy tarde porque él no quiere tener el tercer naufragio, y nosotros tampoco queremos que lo tenga.

Cuando Pepe Caballero se encuentra con sus semejantes, con sus amigos, están en el entorno de Madrid, tienen una vinculación que tiene que ver con la vida, con la poesía, con la resistencia al franquismo, y con una forma de entender la amistad que es tam-

bién otro ejemplo. Cuando yo decía que es muy difícil haber permanecido con las discrepancias y con las diferencias de cada uno durante cincuenta y tantos años teniendo ese debate abierto que tienen, ese sí que es un ejemplo de vida, y un ejemplo de cómo estar en este mundo complicado, a veces, y feliz otras veces. Y cuando creíamos que el mundo era mucho más generoso y abierto, hay razones para volver a escribir. Nunca dejó de escribir, pero no con la frecuencia que lo había hecho en sus libros poéticos, y sí que hay un momento en nuestra historia reciente que le hace a Caballero Bonald volver a hacer un libro que tiene que ver con algo que nos pasa a nosotros con algo que nos pasa

en la historia reciente de España, y con algo que, de alguna manera, empuja otra vez a tener esa capacidad que tiene de insumiso, de descreído, de revelarse contra lo que no le gusta y de ser capaz de hacer un libro y unos poemas que parecen sacados de un cabreo juvenil contra algo que no le gusta.

Voy a leer dos poemas. Uno se llama "Una pregunta", y tienen que ver con la vida de Pepe Caballero, y con la vida última y las razones de escribir.

*Una pregunta,
una querella se propaga
por los atolladeros de la historia.
Hace ya tiempo que se escucha
en las patrias, los foros, las iglesias,
y no responde nadie.
¿A quién
le pediremos cuentas?
¿Cuántos
consorcios de falsarios, púlpitos
execrables, compraventas de armas,
eufemismos que solo encubren
crímenes, hemos de cotejar
con nuestros muertos
antes de que por fin prevalezca la vida?*

Esto es un poema del año 2003 donde estaban pasando cosas que estaban molestando al poeta. El poeta que llevó un camino de rigores en su búsqueda del lenguaje, en su manera de contar poéticamente las cosas que le importaban, de repente se indigna y vuelve a hacer un libro que se llama "Manual de infractores", que tiene que ver otra vez con la molestia de lo cercano, de lo que pasaba en el país.

En el libro hay un poema que es de alguna manera un resumen también de la vida de Pepe Caballero, de lo que uno mirando hacia atrás, ya con 80 años, ve qué ha sido su vida. Con ese escepticismo inteligente que le caracteriza, con ese creer en algunas cosas y olvidarse voluntariamente de otras. Porque alguna vez ha dicho Pepe Caballero que somos el tiempo que nos queda, que el mañana, el ayer pertenece a la historia, a los demás. Y sí que se acuerda de algunas cosas que merecen la pena ser recordadas en una vida.

*De todo lo que amé en días
inconstantes
ya solo van quedando
rastros,
marañas,
conjeturas,
pistas dudosas, vagas informaciones:
por ejemplo, la lluvia en la lucerna
de un cuarto triste de París,
la sombra rosa de los flamboyanes
engalanando a franjas la casa familiar de
Camagüey,
aquellos taciturnos rastros de Babilonia
junto a los barrizales suntuosos del
Éufrates,
un arcaico crepúsculo en las
Islas Galápagos,
los prolijos fantasmas
de un memorable lupanar de Cádiz,
una mañana sin errores
ante la tumba de Ibn `Arabi en un suburbio*

*de Damasco,
el cuerpo de Manuela tendido entre los
juncos de Doñana,
aquel café de Bogotá
donde iba a menudo con amigos que han
muerto,
la gimiente tirantez del velamen
en la bordada previa a aquel primer
nafragio...*

Cosas así de simples y soberbias.

*Pero de todo eso
¿qué me importa
evocar, preservar después de tan volubles
comparencias del olvido?*

*Nada sino una sombra
cruzándose en la noche con mi sombra.*

El poeta que llevó un camino de rigores en su búsqueda del lenguaje.

Javier Rioyo

Lo que esperamos es que Pepe nos traiga una vez más y no renuncie a escribir. Nos ha hecho pensar en muchas cosas, meditar, gozar y nos ha invitado a seguir la fiesta, a replantearnos cosas y también a indignarnos y a ser insurgentes.

Cuando se reunían con Ángel González normalmente no estaban hablando de poesía. Normalmente se hablaban de cosas de la vida. Las cosas de la vida son las que más importan. La poesía nos acompaña. Pero el ser capaz de estar cercano a lo cotidiano, a la vida, a observar la vida y saberla contar esa es la elección de los buenos poetas.

Pues bueno Pepe, es un placer estar aquí contigo y un placer estar en la vocación que vas ha hacer a Ángel y que nos sigas contando.

José Manuel Caballero Bonald:

Muchas gracias a Javier Rioyo por sus palabras tan generosas e inteligentes.

Realmente la sorpresa que me había prometido Juan Mendoza se ha cumplido con creces, porque esa primicia de la canción de Sabina dedicada a Ángel González, y esas fotos que me han conmovido, siempre me retrotraen a épocas y momentos inolvidables.

Estoy encantado de estar en esta casa que de alguna forma es mía, porque una de las cosas que más me enorgullecen de verdad es haber sido un día premio Julián Besteiro de las letras. Y agradezco a los organizadores de este ciclo y en especial a Juan

Mendoza que hayan pensado en mí para intervenir en este recordatorio de Ángel González.

Me conmueve también hablar una vez más de alguien a quien estuve muy unido en vida y cuya obra admiro muy de cerca.

Ángel y yo nos conocimos cuando empezamos a escribir. Ya ha llovido. Creo que fue en la primera mitad de los años 50. A partir de la aparición de su primer libro de poesía "Áspero mundo", y del mío "Las adivinaciones", solíamos vernos con regular frecuencia y acordamos tácitamente desde un primer momento que salvo casos de extrema necesidad no teníamos por qué referirnos a cuestiones literarias en el curso normal de las conversaciones. Y la verdad es que respetamos ese pacto, a no ser que nos fallara la memoria o que se cruzara por delante alguno de esos funcionarios de la literatura tan propensos a hablar siempre de lo mismo y por tanto a suscitar respuestas destempladas.

En aquellos años 50, Ángel González aún no se había dedicado a la enseñanza de la literatura –suponiendo que eso se pueda enseñar–. Pero ya tenía una magnífica capacidad de observación literaria. Sus puntos de vista eran como registros temporales donde se engranaba el pasado con lo que iba a pasar enseguida. Quizá se tratase de una maniobra de aproximación crítica, donde hasta la fachada del humor reactivaba la lucidez del fondo. Una lucidez que siempre llegaba a su máxima temperatura, en ese impreciso momento de la conversación que coincidía con la alta madrugada, y ya ahí todo resultaba de una perspicacia entre irónica y erudita que incluía a partes iguales el antídoto del ingenio y una especie de improvisada técnica de la imaginación, a mí me parece que eso se le notaba más a Ángel cuando no tenía una guitarra a mano, y se veía obligado a suplir la tesis melódica de un bolero por una rigurosa teoría, pongo por caso, sobre el uso del adjetivo patológico en los últimos modernistas.

Después de aquellos encuentros iniciales, que fueron muchos y de muy variada condi-

ción, Ángel y yo anduvimos juntos por diversos recodos de dentro y fuera de España. Casi siempre a remolque o a instancias de alguna especie de conspiración o de encomienda ligada más o menos a la lucha antifranquista. Anduvimos por Oviedo, sobre todo en viajes difíciles y temerarios, y luego por Italia, por Francia, por algún que otro país de circulación entonces prohibida, y por alguna descubierta por México, por Argentina, o por sus pagos norteamericanos de Albuquerque, de cuya universidad fue profesor memorable.

Por cierto, también estuvimos juntos en Colliure, en la celebración del 20 aniversario de la muerte de Antonio Machado, celebrando su ejemplo civil, su comportamiento humano, su figura intachable de republicano. Y allí en Collut, como se sabe, se fraguó lo que luego se llamaría, de manera ya incorregible, el grupo político del 50, el mismo que ya portó entonces al anémico clima cultural español, como decía Ángel, una nueva forma de vivir y de beber. El alcohol tenía entonces mucho de contraofensiva particular contra los convencionalismos de vía estrecha, o para

soliviantar a los bienpensantes de turno. Y lo demostramos con creces en aquel Madrid mediatizado por la mezquindad y la grisura del franquismo, los peligros, los miedos, los fríos, las hambres de aquella época todavía de la inmediata posguerra.

“Otro tiempo vendrá distinto a éste”, decía Ángel en un poema de aquellos años, pero ese tiempo tardó demasiado en llegar, al menos para nosotros. Tardó tanto que se nos pasó la juventud, esperándolo cada día, cada noche, que era cuando solíamos vernos. De hecho, si alguna vez coincidíamos por ahí de día, nos quedábamos como extrañados, como si no nos conociéramos del todo. Así eran las cosas.

Por más de una razón me gustaría iniciar este recordatorio evocando mi visita a Nuevo México, en cuya universidad enseñaba Ángel González literatura española. Fueron unos días de intensas y largas conversaciones, de largas e intensas nocturnidades. Ni siquiera lo había visto escrito en ningún mapa, pero resulta que también hay una localidad llamada Madrid por tierras de Nuevo México, a medio camino

entre Albuquerque y Santa Fe, al que me llevaron Susana y Ángel una tarde de frío terrorífico. Cuando volví de allí, me estuve preguntando que cómo pude escapar de aquel imprevisto azote de casi 20 grados bajo cero. Uno ya no podía permitirse ciertos dispendios de la salud, y además tampoco estaba acostumbrado a que se le helara el figurado de la sangre. Pero la excursión bien mereció el susto, contando sobre todo con que Ángel solía transmitir el ánimo irreductible de un guía de caravana. A parte de que no disfrutaba ni de la pinta ni de la reputación de un forastero dispuesto a tiritar. Parecía más bien un nuevo mexicano oriundo de Oviedo que en vez de traficar en pieles se dedicaba al raro negocio de acrecentar por partida doble sus aptitudes como poeta y como profesor.

Permítanme una pincelada sobre aquel Madrid gélido y casi improbable contrapartida del otro Madrid de tantas intermitencias vitales nuestras. Era un villorrio de medio centenar de casas de madera situado en la ruta que lleva a California, algo así como un desvío del desierto entre el Far West y el Círculo Polar Ártico. Aquel Madrid tenía minas de carbón y yacimientos de turquesas. Las minas se cerraron o se agotaron hace ya tiempo, y del asunto de las turquesas no sé que se hizo. Pero cuando la despoblación parecía definitiva, llegó un buen día y se instaló en lo que quedaba del caserío una nutrida tropa de hippies, o de pioneros ecologistas, que se apropiaron sin más del viejo territorio del abandono. Remozaron primorosamente las casuchas, sembraron plantas y abrieron un hospitalario albergue. De modo que allí nos instalamos Ángel González y yo un día de invierno de hace unos 30 años.

Si lo cuento es porque tuvo su expresa significación en nuestra común biografía

literaria. No sé si el simple topónimo de Madrid activó algún remoto engranaje con los usos y consumos de ese otro Madrid más o menos inhóspito, porque nos pasamos casi todo el tiempo bebiendo junto a la chimenea del albergue y en la fugaz compañía de dos jóvenes hispano hablantes disfrazados de tramperos. Como era de esperar, la noche cayó muy deprisa sobre aquella geología taciturna, agazapada entre la nieve y lo que parecía ser polvo de antracita. Se entreveían por las ventanas los viejos tinglados mineros como detenidos fotográficamente a medio camino de su derrumbe por el pedregal. O sea, que Ángel y yo nos pusimos adecuadamente melancólicos. A veces ocurre que a medida que uno se hace más viejo, también se vuelve más proclive a la melancolía. Como recordaba Ángel en un poema de aquellos días:

*El llamado crepúsculo
¿no es el rubor –efímero– del día
que se siente culpable
por todo lo que fue
–y lo que no ha sido?
Ese día fugaz que, igual que
un delincuente
aprovecha las sombras para irse.*

Sus puntos de vista tenían mucho de registros temporales que engranaban lo que pasó hace poco con lo que iba a pasar mañana mismo.

J. M. Caballero Bonald

Mi paso por aquellas tierras se debía a una invitación para intervenir en un simposio en torno al grupo poético del 50, organizado por la universidad de Nuevo México. En realidad la reunión se convirtió más bien en un expreso homenaje a Ángel. Casi todos

los profesores que acudieron al simposio comentaron por largo algún aspecto de su obra. Supongo que eso es también lo que yo tenía que haber previsto, pero en vez de hacerlo me dediqué a hablar un poco de ciertas andanzas de nuestro grupo generacional, y leer algún poema, sobre todo de las experiencias vividas como niños de la posguerra, los primeros adolescentes de la posguerra, me gusta más esa definición. Bueno, la verdad es que tenía la vaga sospecha de que le debía a Ángel una remuneración más convincente. De manera que estaba muy dispuesto a remediar ese desvío con una conversación más o menos literaria. Algo que cumplí en su día, entonces, y que ahora al cabo de tanto tiempo y de tantas ausencias vuelvo a hacer.

Estoy convencido que Ángel González a partir de su fervorosa dedicación a la enseñanza de la poesía contemporánea se fue convirtiendo en un poeta justamente a caballo de los siglos xx y xxi, es decir, en un maestro de la conducta literaria concebida como un trabajo de expurgos y predicciones. Sus puntos de vista tenían mucho de registros temporales que engranaban lo que pasó hace poco con lo que iba a pasar mañana mismo. Se trataba de una suerte de maniobra crítica donde hasta la fachada irónica reactivaba la notoria lucidez del fondo. Lo que pasa también es que esa escala de la lucidez podía ser incluso superada por Ángel –ya lo he recordado–, en un impreciso momento de la conversación, el cual coincidía preferentemente con el canto de los gallos. Y ya todo resultaba entonces de una agudeza entre satírica y científica.

Ángel González apenas se desvió de la ruta que une su primer libro “Áspero mundo” del 56 con el último “Otoño y otras luces”

(2001), o más propiamente con “Nada grave”, publicado póstumamente. No quiero decir que la poesía de Ángel fuera sucediéndose a sí misma sin atravesar por sus correspondientes tramos evolutivos, sino que cada poema muy bien podía entenderse como una consecuencia de los previamente escritos, o que cada poema justificaba todos los demás. Hay como una música, como una manera de entender el ritmo y el tono que acentúa ese carácter inconfundible que enlaza los primeros poemas del autor con los últimos. O lo que es lo mismo, las primeras experiencias de poeta con las últimas.

*Aquí, Madrid, entre tranvías
y reflejos, un hombre: un hombre solo.*

*—Más tarde vendrá mayo y luego junio,
y después julio y, al final, agosto—.*

*Un hombre con un año para nada
delante de su hastío para todo.*

Quizá todo eso, la tonalidad que unifica la obra poética general de Ángel González, ese pesimismo que siempre actúa o que está flotando a lo largo del poema. Quizá eso no sea más que una fijación pletórica, un juicio demasiado impreciso, pero por ahí apunta desde luego una razonable noción de toda su poesía. Esa unitaria línea de conducta que puede corroborarse con absoluta precisión en las antologías que fue publicando Ángel a lo largo de su vida. Sin olvidar claro la que preparó póstumamente Susana Ribera con el título de “La primavera avanza”.

No sería nada arriesgado señalar que Ángel González escribió en lengua poética todo un capítulo de la historia de España durante aquel infortunio general del franquismo. Desde un principio, desde “Áspero

mundo”, Ángel anticipó una serie de intenciones poéticas que iban a ser andando

El poeta se vale de todo el espacio semántico del ingenio, la ironía, la sátira.

J. M. Caballero Bonald

el tiempo las más significativas lecciones de toda una vertiente generacional. Por supuesto que esas intenciones, esos planteamientos han sido ya estudiados de sobra. Pero me gustaría reiterar algunos de ellos por lo que tienen de rastros aún vigentes en la poesía que se escribió después de la de Ángel. Me refiero sobre todo a esa llamativa alianza siempre perceptible entre la conducta del poeta, la conducta civil, la conducta política y humana y sus modales expresivos. Es cierto, el poeta traspasa a su obra las tensiones del hombre de su tiempo, sus luchas y esperanzas, o desesperanzas, a través de una variante existencialista que genera a su vez un determinado modo de narrar la vida. La poesía se convierte entonces en el trasunto colectivo de una experiencia privada:

*Si serenases tu pensamiento,
si pudieses detenerte y pensar;
mirar en torno, tocar las cosas
entre las que pasas,
acaso te sería sencillo reconocer
rostros, no sé, lugares,
gentes
que hablen tu mismo idioma y
te comprendan.*

La poesía de Ángel González puede servir de guía para conocer uno de los grandes conductos expresivos de la poesía española del último medio siglo. La testificación del hombre histórico, la reflexión moral, el compromiso civil, la aceptación del realismo crítico como más idóneo sistema

literario de intervenir en la historia. Naturalmente que en esas amplias zonas de desarrollo lo que a veces resulta más notable es el procedimiento. El poeta se vale de todo el espacio semántico del ingenio, la ironía, la sátira, el sarcasmo, incluso el chiste, o del correlato objetivo, no ya para sortear astutamente lo que era entonces el asedio de la censura, sino para mitigar el dramatismo donde ha terminado el hato con los aparejos del humor. Recuérdese uno de los ejemplos más divulgados en este sentido, que se ha convertido ya casi en un lugar común. Dice Ángel:

*“... Nada es lo mismo,
nada permanece.
Menos la Historia y la morcilla
de mi tierra.
Se hacen las dos con sangre, se repiten.”*

Justo a esa muestra extremada, podrían citarse otras muchas en que la sorpresa estriba en la propia e ingeniosa manera de encabalar el verso. Por ejemplo:

*“Largo es el arte; la vida en cambio corta
como un cuchillo.”*

La primera fase de la poesía de Ángel, la que podría situarse entre “Áspero mundo” y “Tratado de urbanismo”, nos enseñó no pocas lecciones. Una de ellas se convirtió con el tiempo en una especie de paradigma. Me refiero al uso de la ironía. A partir de algunos poemas de sin esperanza, con convencimiento, entendí más bien, o muy bien, que la poesía, que la literatura en general, en la que no se filtre una cierta dosis de ironía tiende a convertirse en un sermón, como le ocurre a unos escritores muy conocidos. Y la verdad es que cada vez estaba uno menos dispuesto a oír sermones. Sobre todo en

aquellos años oscuros en que no era posible sustraerse a la apremiante demanda de la historia, como una especie de responsabilidad moral, de obligación moral. Enfrentarse a esas demandas. El poema de Ángel titulado “El campo de batalla”, escrito a finales de los 50, puede suponer una fina síntesis de lo que quiero decir:

*Hoy voy a describir el campo
de batalla
tal como yo lo vi, una vez decidida
la suerte de los hombres que lucharon
muchos hasta morir,
otros
hasta seguir viviendo todavía.*

*No hubo elección:
murió quién pudo,
quien no pudo morir continuó andando,
los árboles nevaban lentos frutos,
era verano, invierno, todo un año
o más quizá: era la vida
entera
aquel enorme día de combate.*

A partir de ese escalonado magisterio del Ángel González vinculado al realismo crítico, había que fijar en “Otoños y otras luces”, en el último libro de Ángel, y en su corolario final, nada grave, la definitiva cristalización de una poesía cuyo avance paulatino condujo a una madurez entendida como reflexión en torno a los hechos vividos. Los poemas últimos de Ángel pueden sonar a otros suyos anteriores, sobre todo a través de ciertos comunes modales léxicos y sintácticos. Pero también ratifica algo que aún viniendo de atrás, anticipa lo que iba a ocurrir. El tono es aquí más elegíaco, más meditado. Son poemas de amor y desamor, de memorias y deseos, por donde transitan sombras queridas y justicieros tributos literarios. Juan Ramón Jiménez,

Antonio Machado, Pedro Salinas, Claudio Rodríguez, Blas de Otero. Es posible que otras perseverantes pautas de su obra, la crítica de la sociedad, las actitudes

Su voz última se parecía mucho a la que empezó a sonar hace medio siglo.

J. M. Caballero Bonald

morales, fueran desembocando en un escepticismo, en un pesimismo, donde ya hasta la expresión poética podía ser un arma de doble filo. Por una parte la aspereza, el duro ejercicio de vivir, la difícil tarea de envejecer. Y por otra la ironía, con el sarcasmo que la aminora. Y siempre en todo momento la vigilancia extrema, la búsqueda precisa en torno a la poesía como acto de lenguaje. Aborrezco este oficio algunas veces. Espía de palabras, busco el término huidizo, la expresión inestable que signifique exacta lo que eres.

Con “Otoños y otras luces”, asumió el poeta su mejor tensión expresiva. Su más penetrante manera de abordar el conocimiento de la realidad, la tentativa de modificación de la historia. Hasta en la forma de asociar las figuras retóricas, en el despliegue metafórico, se percibe esa actitud del poeta enfrentado, como él mismo diría a la moratoria crepuscular de la vida. Tengo la impresión de que la sabiduría introspectiva de Ángel, hizo posible que su poesía alcanzara en este espléndido libro su más emocionante razón de ser. El poeta reafirma lo que siempre fue, un maestro del lenguaje, un riguroso conocedor de todos y cada uno de los resortes que elevan la experiencia poética al rango de un descubrimiento del mundo. Como dice el propio poeta, en un desesperanzado momento de este libro:

*Quise mirar el mundo con tus ojos
ilusionados, nuevos,
verdes en su fondo
como la primavera.
Entré en tu cuerpo lleno de
esperanza
para admirar tanto prodigio desde
el claro mirador de tus pupilas.
Y fuiste tú la que acabaste viendo
el fracaso del mundo con las mías.*

Pienso que Ángel González logró la penal en este libro. No quiero decir que su poesía fuera sucediéndose a sí mismo, lo que pasa es que fue avanzando sin dejar de ser fiel a sus orígenes. Su voz última se parecía mucho a la que empezó a sonar hace medio siglo. Pero, cuántos nuevos hallazgos expresivos en todo ese tiempo, hasta llegar a la cima de “Otoños y otras luces”.

Y no quería finalizar estas reflexiones de urgencia sin hacer mención a esa otra vertiente esencial de la obra de Ángel, la ensayística. Una labor no muy extensa pero de una manifiesta significación. Sobre todo porque ahí se corrobora una vez más ese magisterio crítico del autor al que antes me he referido. Un magisterio filológico, que sirve de complemento impecable, por así decirlo, del poético. En los cinco libros de ensayo que publicó Ángel, “Juan Ramón Jiménez”, “El grupo poético de 1927”, “Gabriel Celaya”, “Antonio Machado” y “La poesía y sus circunstancias”, se pone meridianamente de manifiesto, a parte de las afinidades poéticas del autor, su rigurosa capacidad de análisis. Por supuesto que no fue ajena la larga actividad docente del poeta. Sus constantes pesquisas como profesor o como lector en la obra de algunos de sus poetas predilectos, dieron como resultado una innovadora visión de conjunto de esas obras aportando toda una serie de nuevas iluminaciones e interpretaciones.

Estoy convencido de que Ángel González se fue convirtiendo paso a paso sin prisas en un poeta de extraordinaria capacidad indagatoria en torno a ese enigma que para entendernos llamamos realidad. Su obra ocupa ya en este sentido un lugar eminente en la historia social y estética de la poesía del último medio siglo. Por supuesto que alcanzar la madurez a la edad a que lo logró Ángel, publicó "Otoño y otras luces" a los 76 años, puede ser la consecuencia de una irremediable ley biológica, pero en este caso supuso algo más, supuso la decantación máxima, el acceso a la plenitud creadora en la plena senectud. Como escribió el poeta:

*Enigmática luz, tan clara y pura
que tan solo se ve en lo que desvela.
¿De dónde viene ese esplendor creciente?
No es aún la luz la que ilumina al
mundo;
el mundo iluminado es quien la
enciende.*

"Nada grave", editado póstumamente, prolonga la agudeza sucinta del último Ángel González, aquí está el poeta enfrentado a las horas más complejas de la experiencia divina. Viene a ser como una muestra fragmentaria del libro que tal vez, no sin alguna desavenencia consigo mismo hubiese publicado Ángel. Aunque tampoco estoy nada seguro de que finalmente se decidiera a hacerlo. Más de una vez me dijo, poco antes de morir, que ya no escribía poesía, que le resultaba imposible hacerlo. Unos pocos de los concisos desolados poemas que se reúnen en "Nada grave" ya aparecieron anteriormente en alguna antología, y los restantes se encontraban medio perdidos entre los papeles del poeta y fueron encontrados por su viuda y editados por Luis García Montero y Chus Vidor. Todos ellos disponen de una pesadumbre que las enseñanzas de

la vida fueron acrecentando, y tienen mucho de bocetos, de apuntes de poemas que a lo mejor nunca se iban a terminar. La despiadada muerte se encargó de corroborarlo. Pero ahí quedó el conjunto de su obra como uno de los grandes testimonios humanos y poéticos surgidos durante nuestra larga y asfixiante posguerra.

Cándido Méndez:

En primer lugar quería convertir este acto en términos muy globales en un acto de reconocimiento del compromiso de los poetas y de los escritores de izquierda con una salida solidaria, equilibrada y eficiente de la crisis económica. En este acto quería recordar el gesto que han tenido un buen número de poetas y escritores, respaldando con el manifiesto de otras políticas,

Los poetas y novelistas de la generación del 50 tenían que sobrevivir en la sociedad que les tocaba vivir.

Cándido Méndez

otros valores, la posición, no digo exclusivamente de los sindicatos, pero una manera de concebir la vida y cómo afrontar la crisis y superar la crisis económica que indudablemente tiene mucha relación con lo que pensamos las organizaciones sindicales. Por lo tanto, creo que este acto, tiene ese carácter de homenaje póstumo a la manera de pensar de Ángel González.

La segunda consideración, agradecer a Javier Rioyo que esté aquí con nosotros, y que haya presentado a Pepe Caballero Bonald. Y en relación con Pepe quería hacer esta afirmación. Me recuerda a la serpiente sabia y tolerante del oráculo de Delfos. Su voz sibilante, me recuerda precisamente la

profundidad de la verdad, y la profundidad de cómo concebir el presente y el futuro del destino del ser humano, que hoy lo ha interpretado de manera magistral evocando la figura de una persona para él muy cercana.

Y luego, simplemente hacer un par de comentarios. Y quiero terminar con un poema del propio Ángel González. En primer lugar decir que creo que los poetas y novelistas de la generación del 50, que era a los que se ha referido Pepe, tenían no solo que sobrevivir en la familia, sino también sobrevivir en la sociedad que les tocaba vivir, es que ni siquiera tenían, y creo que ni siquiera tienen el recurso, digamos, a beneficio de inventario con carácter retroactivo, de refugiarse en la épica, ni siquiera en la lírica. Son un grupo de poetas, de novelistas, de narradores de la vida de

nuestro país que no se pueden refugiar –insisto, con carácter retroactivo–, no en el momento en que les tocó vivir, en la evocación épica. No sé, pues la poesía épica en algunos momentos de Alberti, ni en la lírica de García Lorca. Tenían que reflejar en una situación muy difícil, la vida de nuestra sociedad

cuando yo, que tenía en el año 57-58, 4 ó 5 años, tomaba leche en polvo, o comía en aquel momento queso de bola americano. Cuando Pepe no reflejaba la épica de Blasco Ibáñez en la "La bodega", sino que reflejaba en aquellos días de septiembre la problemática que tenían los trabajadores en las bodegas de Jerez. Aquello era muy difícil. Creo que hacer poesía y literatura, para que quede un rescoldo hacia el futuro de entonces, el presente de hoy, era muy difícil. Y creo sinceramente que lo habéis conseguido de manera mágica.

Ahora recordar a los grandes poetas, que lo son, de los años 30, es relativamente fácil. Reconocer a los poetas de

los años del franquismo, creo sinceramente que es relativamente más difícil porque probablemente nos cueste más trabajo ponernos en la evocación poética de aquel momento. Y por eso quiero hacer –lo digo con absoluta sinceridad y contundencia–, ese reconocimiento profundo a Pepe y a Ángel y a todo lo que significa y significará.

Luego, en relación con Ángel. Ángel González tiene una frase que defiende perfectamente lo que es en el compromiso los sin sabores, las aspiraciones y lo que puede conseguir o alcanzar el movimiento sindical. Él dice: “Soy una persona larga y prematuramente adiestrado en el ejercicio de la paciencia, y en la cuidadosa res-

tauración de ilusiones sistemáticamente pisoteadas”. Creo que en cierta medida esa frase expresa muy bien lo que significa trabajar en el movimiento sindical. El reconocimiento que tenemos de ilusiones sistemáticamente pisoteadas, pero siguen siendo nuestras ilusiones, nuestros compromisos, y sigue siendo el objetivo en el cual queremos seguir manteniendo y defendiendo nuestra manera de concebir la vida.

Estas eran las dos reflexiones que quería hacer. Y quería simplemente terminar con un poema de Ángel González, en el que como el Ave Fénix, en cierta medida se immortalizó y se regeneró a sí mismo, aunque fuera desde la pérdida.

El poema dice lo siguiente:

*El otoño se acerca con muy poco ruido:
apagadas cigarras, unos grillos apenas,
defienden el reducto
de un verano obstinado en perpetuarse,
cuya suntuosa cola aún brilla
hacia el oeste.*

*Se diría que aquí no pasa nada,
pero un silencio súbito ilumina el prodigio:
ha pasado
un ángel
que se llamaba luz, o fuego, o vida.*

Y lo perdimos para siempre.

Creo que no lo perdimos. ■